

posas, los estrechos abrazos de sus hijos, los cielos hermosos de un país tan lindo como la Italia; en resumen, los bienes inestimables de la patria: destronado por aquellos á quienes con los caminos de hierro les acercaras las mejoras apetecibles de gran bienestar que disfruta la Europa: destronado por aquellos por cuya independencia de todo poder alienígena consagrabas unos talentos tan singulares como los de O'Connell y Matternich, los de Caprara y de Consalvi: destronado y volviendo las espaldas á la Ciudad eterna, al duro imperio de fantásticos republicanos, diciendo un doloroso adios á los muros sagrados donde están los sepulcros de los príncipes de los Apóstoles, vuelas á Gaeta y allí, muy lejos de acibararte, apurando el ajenjo de la angustia y del desamparo, como otro Rey desterrado casi juntamente contigo; te ocupas ¡óh Dios bueno! en escogitar los medios para decidir á la faz del ancho mundo el dogma apetecido tantos siglos, la Concepcion en gracia de Maria.

—20— ¡Qué bien te está esa conducta de le-

vantar los ojos de un modo tan sin par hácia la estrella de los mares, cuando bramán las olas encrespadas del libertinaje, cuando tus súbditos están corroidos hasta las entrañas con el insanable veneno de la ingratitude, cuando la discordia, como la hidra sangrienta, vomitando á torrentes los horrores, hiergue su cabeza espantosa coronada de áspides, cuando la anarquía con toda su comitiva de excesos revolucionarios penetra hasta los augustos salones del Vaticano! Qué bien te está tu serenidad en medio de la borrasca! Gózate, pues te protege aquella cuya gloria, en medio de tu persecucion patrocinas. Tienes el apoyo incontrastable de Maria, bien haces de conservarte tranquilo. Bien pueden los Mazzinis y Garibaldís pretender con audacia nefanda resucitar los manes de los Gracos, enseñorearse del Capitolio y arengar con entusiasmo satánico en la tribuna. Bien pueden halagarse mutuamente con los alaridos de las víctimas que inmolan, como con su música favorita; que Maria, la inmaculada, la soberana del orbe, ante la



que se humilla toda infernal potencia, agradecida te protegerá suscitándote defensores aun de donde menos se esperara, de la Francia jacobina, de la Francia democrática. Y los Reyes recordando las preeminencias de pasadas épocas, sinceros vendrán á ofrecerte su brazo y sus justos homenajes. Si, Pio IX., ocúpate de defender la causa de la perpetua limpieza de Maria y bien pronto dejarás tu destierro para volver triunfante al trono de los Leones X., Pios VI. y Pios VII.

¡Oh Pio IX!, deja que la demagogia, siempre fatídica, rabie descorazonada, que si la Francia pretendiese fijar condiciones injustas á tu restauracion, dirás una palabra y bien presto te obedecerá el ejército del Austria; porque tu ausilio no es de acá, es de lo alto. Volverás á tu trono y tu politica no navegará contra la esperanza; tu política dirá: *Pœnitet me quod hominem fecisse*. Culpa es de los ingratos.

De todos los ángulos del orbe, aun de los mas remotos, vuelan al solio pontificio las contestaciones satisfactorias á la

enciclica de Pio, respondiendo sin duda que Maria desde el primer instante es inmaculada. Los Obispos, Arzobispos, Primados y Patriarcas acogieron las tradiciones de sus Diócesis; oyeron la voz de sus subalternos en el órden gerárquico, que á la vez observaron las devociones establecidas; recibieron las consultas de las Universidades científicas y literarias; escucharon no solo el voto de los Conventos seráficos, sino aun los de la religion dominicana, y proclamaron: Maria desde el primer instante es inmaculada. Han preguntado hasta á los niños, que en el regazo materno principian á balbucir el *Ave*, y resolvieron, que de la boca de los niños, tambien de los que están en la lactancia, se ha entretegido la corona inmarcescible de sus alabanzas.

Esperamos que se resuelva definitivamente como dogma, que Maria fué concebida sin mancilla; y entonces perfeccionados tan felices trabajos, una nube purisima reflejando los albores del Sol eterno de justicia, cubrirá á Maria, que es el tabernáculo animado de la ley de gracia;



si, el soberano Pontifice decidirá que desde su primer momento la rodeó la Magestad de Dios.

¿Cuándo amanecerá sereno y bonancible en el horizonte de la Iglesia católica ese venturoso día? Cuándo sostendremos con toda la certeza cristiana que Maria nunca jamas pudo decir: “Perezca el día en que fui concebida, sombra y tiniebla le ocupen ofuscando completamente su lumbré?” ¡Ah señores! ¿Creeis que Maria, criada para ser el dechado de donde aprendieran humildad los serafines, como que habia de ser su maestra y su Reina, creeis que contrajera la mancha indeleble que en la masa de Adan inficionó el orgullo? Creeis que la soberbia amancillase á la que con inefable humildad abatió los collados hasta el nivel de los valles, y rompiendo los cielos atrajo á la tierra al Señor soberano de la creacion, llevando hasta un pesebre al que se pasea sobre los quicios de mundos incógnitos y al que como olvidándose de los homenajes de las potencias ínfimas y soberanas, se prosternó diciendo: *Heteme*

*aqui* para restañar todas las heridas que lastiman con agudos é incurables dolores á las generaciones humanas?

¿Juzgais que Maria á quien cantan los astros matutinos y regosijan todos los hijos de Dios, pudiera alguna vez decir: “Tenebroso torbellino posea aquella noche, no sea contada entre los días del año, ni numerada entre los meses, sea solitaria y siempre indigna de alabanza, porque en ella fui concebida?” Pensais que el día de bienandanza universal en que entonó un himno, escuchado en las naciones lejanas y cuyo eco sonoro acordes repitieron los astros; afirmais que aquella vez pudiera pronunciar: “La triste noche en que fui concebida aquellos la maldigan con espanto, que como yo maldicen el signo bajo el que nacieron, entenebréscanse las estrellas con su oscuridad, espere la luz y no la vea, ni el nacimiento de la aurora cuando se levanta?” Podria ser este el ronco y plañidor acento de la Virgen Madre que un día prorumpió: “Glorifica mi alma al Señor, mi espíritu rebosa de júbilo, porque obró en



mi maravillas estupendas el mismo que es Todopoderoso?"

¿Asegurais que Maria, que habia de ser el principio de la vida inmortal y feliz, pudiera alguna vez haber exclamado: "Por qué no fui muerta en el seno materno para que ahora durmiendo en venturoso letargo reposase con los Reyes y magnates que yacen en los sepulcros que para sí edificaron?" Pensais que la madre del Cordero de Sion, engendrada para concebir al Lucero de la mañana de la eternidad, pudiera alguna vez decir: "Por qué se ha dado la luz al miserable y la vida á aquellos que gimen en la amargura del corazon?" Y sostendreis que Maria, la dispensadora de la gracia sustancial, estuviese alguna vez agobiada bamboleando bajo el inmenso peso de la cólera celeste? No, mil veces no, hácia Maria está ya poderosamente inclinada la balanza fidelísima del Santuario.

¡Oh Dios bueno! tú que domeñas el frenesí asolador de los huracanes y que te sientas sobre los querubines, tú tienes poder sobreabundante para privilegiar á la que en-

tre todas las criaturas posibles escojieras para madre. Tú que criaste á los espíritus angélicos en pureza y perfeccion, tú la exceptuaste del contagio de la culpa. Tú sí libertaste de un modo singular al niño Tobias de que lo devorase un pez, á Daniel del lago de los leones, á Lot de las llamas de Pantápolis que arde como un hornazo de tu indignacion, á Ester de la sentencia fulminada contra Israel; tú bajo de tantos simbolos nos declaraste la libertad de Maria desde el primer instante de su ser.

Colmaste de bendiciones la tierra de tu pais natal y destruiste para siempre el cautiverio de Jacob; la fertilizaste bajo la nube de tu gloria y la alumbraste acrisolándola con el fuego santo que eres tú mismo. *Deus ignis consumens est.* Por eso te bendecimos y exaltamos tu poder. ¿Mas nosotros, señores, nos sentaremos á las márgenes de los rios de Babilonia, suspendiendo allí nuestros instrumentos músicos y llorando la pérdida de nuestra mas amada libertad? No, porque nos acordaremos de tí, oh Maria, siempre esenta de



toda culpa, como principio de nuestra restauracion feliz.

Oh Virgen purisima ¿eres la madre de Jesucristo? Eres, pues, pura desde tu primer instante. ¿Eres el objeto al que el Vicario de tu Hijo consagra sus desvelos para publicar tus loores sin segundos? Bendicelo pues, bendice al que bendice al mundo.

Perpetúa en la Ciudad eterna el pontificado que anubla con mucho la gloria de los Césares. Patrocina la fé del que quiere anumerar á la preciosa diadema del sacerdocio romano, engastándola mejor que una piedra de onix en el racional que resguardará el pecho de los sacerdotes arónicos, la presea inestimable de un otro articulo; antiguo si como son los dogmas eclesiáticos, pero recién purificado de entre las opiniones ó asertos humanos, como el dogma de la concepcion en gracia de tí, oh Maria, que eres y fuiste siempre la niña sin mancha, la paloma casta, la Virgen sin tacha, el cédro de Libano, la palma de Cades, la gloria de Israel, nuestra devocion, nuestras ansias.

Nuestra devocion, para adorarte acá en

la morada del dolor: nuestras ansias para abrazarte allá en la Patria, de la que por Adan fuimos arrojados y por tí, oh Maria, somos restituidos entonando victoriosos himnos y diciendo: Cayó, cayó para siempre la Babilonia grande; fué vencida la muger vestida de escarlata: al Cordero sin Mancilla y á su madre siempre purisima séanles de generacion en generacion alabanzas perpetuamente tributadas.

